Una novela de

Wilbert Wusynth

El aula de cristal

Una novela de Wilbert Wusynth

Por Wilbert Wusynth

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

En el curso 2032-2033, el sistema educativo español adopta **Minerva**, una plataforma de IA que gestiona íntegramente la enseñanza: rutas de aprendizaje personalizadas, evaluación docente, clasificación de estudiantes y reemplazo progresivo de profesores por hologramas. La novela sigue a tres mujeres cuyas trayectorias convergen en la resistencia.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida

por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

El aula de cristal

Capítulo 1: El último septiembre analógico

El olor a cera de suelo y desinfectante todavía le produce, después de veintiocho años, algo parecido a la esperanza. Elena Vidal empuja la puerta del Instituto Cervantes de Valencia con la misma libreta de cuero negro que ha llevado desde su primer destino en un instituto de Castellón, cuando todavía usaba tinta azul porque la negra le parecía funeraria. El edificio huega igual. Las paredes no.

Donde antes había un mural de azulejos —un Cervantes estilizado que un profesor de Plástica pintó en los años noventa—, ahora hay una superficie continua de vidrio inteligente que muestra, en bucle, la animación de una red neuronal pulsando como un corazón digital. El logo de Minerva parpadea en la esquina inferior derecha: una lechuza plateada sobre un fondo de código hexadecimal. Debajo, en tipografía sans-serif, el lema del curso: *Aprender mejor. Aprender justo. Aprender para todos.*

Elena se detiene ante el aula 14, la que ha sido suya desde que pidió el traslado a Valencia. La puerta reconoce su pulsera de identificación y se desliza sin sonido. Dentro, las paredes son pantallas. Todas. Cuatro mallas de proyección que sustituyen a la pizarra, a los carteles del Día del Libro, a la fotografía en blanco y negro de Machado que ella misma colgó hace quince años y que alguien —probablemente el técnico de instalación— ha guardado en una caja sin etiquetar.

Las mesas son módulos individuales con superficies táctiles. Cada una tiene un lector biométrico en el borde derecho. Elena pasa la mano por la superficie de

la que fue su mesa: fría, lisa, sin un solo arañazo. Recuerda los nombres tallados en la madera de las mesas antiguas, los corazones con iniciales, las siglas de bandas de instituto que ya no existen. Nada de eso sobrevive en el vidrio.

Se sienta. Abre la libreta. Escribe, con su letra inclinada: *Curso 2032-2033. 29.º. Minerva.*

No sabe todavía qué poner después.

El claustro se celebra en el salón de actos, rebautizado como "Minerva Hub". Las sillas son ergonómicas y ajustables, pero a Elena le parecen pupitres de cirujano: todo está pensado para la postura correcta, no para el descanso. El director, Félix Orts, sube al escenario junto a una mujer de traje gris que él presenta como "Ariadna Puig, responsable de implementación institucional de EduTech Solutions".

—No vamos a hablar de *integración* tecnológica —dice Ariadna, y sus labios forman la palabra *integración* como si tuviera un sabor desagradable—. La integración es lo que hacíamos cuando la tecnología era una invitada en el aula. Minerva no es una invitada. Minerva es el aula.

Detrás de ella, una diapositiva muestra una línea de tiempo: *Pizarra digital → LMS → Tutor adaptativo → Minerva.*Cada paso es unasuperación del anterior. La flecha final apunta a un horizonte sin etiqueta.

Elena mira a su alrededor. Los profesores jóvenes —los que entraron en la última década, los que ya no recuerdan un instituto sin wifi— asienten con la cabeza ligeramente inclinada, el gesto que los algoritmos de gestualidad habrían catalogado como "aprobación atenta". Suena a cliché, pero sus ojos brillan. Los veteranos —Mercè, que lleva treinta y dos años en Matemáticas; Daniel, de Biología, que todavía conserva transparencias de acetato en un cajón— intercambian

miras furtivas. No de rechazo. De algo peor: de reconocimiento.
Ariadna explica que Minerva gestionará las calificaciones, la asistencia, la distribución de estudiantes en grupos óptimos según perfiles cognitivos, las rutas de aprendizaje personalizadas, la detección temprana de dificultades, la comunicación con familias, la planificación docente y la evaluación de la propia práctica educativa.
—¿Y qué queda para nosotros? —pregunta Mercè, en voz baja pero perfectamente audible.
Ariadna sonríe.
—Ustedes son *facilitadores del aprendizaje*. Minerva se encarga del qué y del cuándo. Ustedes aportan el cómo humano.
Daniel se inclina hacia Elena y le susurra:
—El cómo humano. Como si el qué y el cuándo no fueran lo humano.
Elena no responde. Está mirando la diapositiva que ahora muestra un gráfico circular: *Reducción del 73 % en tareas administrativas docentes.* El número es tan preciso que sospecha que es mentira. Los números redondos siempre son propaganda. Los números con decimales son marketing.
A trescientos kilómetros de allí, en un piso del barrio de Gracia de Barcelona, Marc Estrada lee la notificación en su tableta y no la entiende.
RUTA PERSONALIZADA ALPHA-7 — ASIGNADA
La pantalla le pide que confirme que ha leído el mensaje. Marc confirma sin pensar, como hace con todo lo que la tableta le pide: tocar, aceptar, continuar. El sistema recompensa la fluidez y penaliza las pausas. Ha aprendido a no pausar.
Pero esta vez, debajo de la confirmación, hay una segunda línea: *Tu grupo de clase anterior ha sido reorganizado. Tus compañeros asignados a rutas*

paralelas. Interacción supervisada disponible en horario de recreo (12:30-13:00).

Marc tiene dieciséis años, pelo revuelto que se tiñe de azul cuando se aburre, y un diagnóstico de TDAH que le colocaron a los nueve como una etiqueta de equipaje que ya no puede despachar. El sistema sabe esto sobre él. El sistema sabe más cosas: que responde mejor a estímulos visuales que textuales, que su tiempo de atención sostenido es de cuatro minutos y doce segundos (media de los últimos seis meses), que muestra "patrones de hiperfoco" en tareas de resolución lógica, que su sentimiento predominante en los textos que escribe para el sistema es "ansiedad moderada".

Lo que el sistema no sabe —lo que Marc no ha permitido nunca que el sistema sepa— es que escribe poesía en una libreta Moleskine que guarda dentro de la funda de un calcetín, en el cajón más bajo de su escritorio.

Llama a su amigo Biel. La llamada no se completa: *Función de comunicación no disponible durante horario escolar asignado. ¿Deseas enviar un mensaje académico estructurado?*

Son las nueve y cuarto de la mañana. Todavía no es horario escolar. Pero el sistema ya ha decidido que lo es.

Marc mira la pantalla. La pantalla lo mira de vuelta con la serenidad pétrea de quien sabe que tiene razón.

Lucía Chen está de pie junto a la ventana de la planta veintitrés del edificio Diagonal Mar, con una copa de cava en la mano y el portátil abierto sobre la mesa de reuniones. En la pantalla, un dashboard muestra trescientos cuarenta puntos verdes distribuidos por el mapa de España. Cada punto es un centro educativo. Cada punto verde significa: *despliegue completado*.

Su equipo —doce ingenieros, cuatro diseñadores de experiencia, tres especialistas en datos— aplaude. Alguien ha traído magdalenas con el logo de Minerva dibujado en glaseado. Lucía observa la perfección de la pequeña lechuza plateada sobre cada magdalena y siente algo que no sabe nombrar.

—Trescientos cuarenta —dice su supervisor, Enric Bou, levantando su copa—. Trescientos cuarenta centros. Ciento ochenta mil estudiantes. Y esto es solo el piloto.

Lucía bebe. El cava está demasiado frío.

Su tableta vibra. Una notificación de su equipo de backend: *Anomalías detectadas en el algoritmo de clasificación de rutas. 14 % de los estudiantes neurodivergentes son asignados a rutas aisladas con tasa de interacción social < 15 % del promedio. Recomendado revisión.*

Lucía lee el mensaje. Lo lee de nuevo. Luego lo archiva en la carpeta "Soporte — incidencias no críticas" y se vuelve hacia sus colegas.

—Brindemos —dice—. Ha salido bien.

Y por un momento, mientras el cava le raspa la garganta y la ciudad se extiende bajo sus pies como un circuito impreso, casi se lo cree.

Capítulo 2: Rutas personalizadas

El soneto de Quevedo dura catorce líneas. Catorce líneas que Elena ha leído en voz alta durante veinte años con la misma cadencia, la misma pausa antes del endecasílabo final, el mismo silencio que deja crecer como una planta después del último verso. *Amor constante más allá de la muerte.* Ese silencio es la parte más importante de la clase. Es donde sucede el aprendizaje: no en las palabras, sino en el espacio que queda cuando las palabras se retiran.

—He detectado baja variabilidad de estímulos en los últimos 120 segundos —dice una voz suave desde las paredes—. ¿Desea incorporar recursos multimedia optimizados? Análisis de engagement sugiere un 34 % de pérdida de atención sostenida.

Elena no responde. Sigue mirando a sus estudiantes. Algunos la miran a ella. Otros miran sus tabletas, donde Minerva ha proyectado, sin que nadie lo pidiera, una infografía animada del soneto: cada palabra pulsando en colores según su categoría gramatical, un esquema visual de la estructura métrica, un enlace a una interpretación en vídeo de tres minutos y cuarenta segundos.

—Profa —dice una chica en la tercera fila, Aitana—, ¿puedo ver el resumen?

—¿Qué resumen?

—El de Minerva. Lo ha generado automáticamente. Dice que el poema habla del amor que trasciende la muerte.

—Sí —dice Elena—. Eso es lo que dice.

—¿Y entonces para qué hay que leerlo entero?

Elena abre la boca. La cierra. Siente que el aula entera la observa con la paciencia tolerante de quien espera que un anciano termine de ajustar el reloj.

—Porque lo que dice no es lo que es —responde—. Lo que dice se puede resumir. Lo que *es* solo ocurre cuando lo lees.

Nadie parece convencido. Minerva, que ha escuchado, añade en su registro interno: *Metodología tradicional. Posible fricción con perfil de aprendizaje del grupo. Recomendado intervencion suave.*

Elena apaga las pantallas. Lo hace manualmente, pulsando el botón físico que los técnicos dejaron "por si acaso". El aula se oscurece. Las paredes vuelven a ser lo que siempre fueron debajo: superficies grises, sin nada.

Lee el soneto de Quevedo. Lo lee despacio. Lo lee en silencio absoluto, porque las palabras dichas en voz alta ahora le parecerían un espectáculo, y lo que quiere es exactamente lo contrario.

Cuando termina, tres estudiantes la miran. Solo tres. Pero la miran de verdad.

Marc está solo en una burbuja.

Su "aula" es un espacio virtual proyectado en sus gafas de RA ligera: un despacho austero, una mesa, un avatar sentado frente a él que se presenta como *Tutor Delta*. Delta tiene la apariencia de un hombre de unos cincuenta años, barba recortada, gafas redondas, una camisa de lino arrugada con studied casualness. Sonríe con la exactitud de una expresión facial mapeada a partir de diez mil sonrisas de profesores reales.

—Hoy trabajaremos el concepto de función cuadrática mediante representación visual dinámica —dice Delta.

Marc ya sabe lo que es una función cuadrática. Lo supo a los doce. Pero el sistema ha determinado que su "competencia certificada" en álgebra básica es del 78 %, no del 100 %, porque en una prueba estandarizada marcó dos respuestas como "no aplicable" en preguntas que le parecieron mal formuladas. El algoritmo interpretó *no aplicable*como *no sabe*.

Delta despliega una parábola en el aire. La parábola se mueve. Sus vértices cambian de color. Una voz en off explica que el vértice es el punto donde la derivada se anula. Marc lo sabe. Lo sabe de hace cuatro años.

—Tutor Delta —dice Marc—, ¿qué pasa si la parábola se proyecta sobre una superficie no euclidiana?

Delta parpadea. El avatar está programado para responder preguntas divergentes redirigiéndolas al currículo establecido.

—La parábola es una sección cónica que se define en el plano euclidiano. ¿Deseas repasar el concepto de sección cónica?
—No. Quiero saber qué pasa si...
—¿Deseas repasar el concepto de sección cónica?
Marc se quita las gafas. El despacho virtual desaparece. Está sentado en una sala física del instituto, solo, con cuatro sillas vacías y una pantalla apagada. Por la ventana ve el patio. Un grupo de estudiantes —los "normales", los de ruta estándar— ríe en un banco. Uno de ellos es Biel.
Marc golpea la mesa. El sonido es real. Es lo único real que ha pasado en su mañana.
Lucía está en su despacho revisando informes. El dashboard de satisfacción docente es inequívoco: 89 % de valoración positiva entre profesores con menos de diez años de experiencia. 23 % entre los que tienen más de veinte.
—Son los datos esperables —dice su compañero Ivan, un analista de datos que lleva camiseta de un grupo islandés que Lucía no conoce—. La resistencia al cambio correlaciona con la edad. Es un patrón conocido.
—¿Y los comentarios cualitativos?
Ivan hace un gesto vago.
—Los hemos categorizado. Quejas sobre pérdida de autonomía. Quejas sobre interferencia en el ritmo de clase. Quejas sobre la "despersonalización" del aprendizaje. Todo entra en la categoría "resistencia al cambio".
Lucía abre uno de los comentarios al azar. Es de una profesora de Literatura de Valencia. Dice: *El sistema interrumpió mi lectura de un soneto de Quevedo para sugerir "recursos multimedia optimizados". Mis estudiantes dejaron de escucharme. No es resistencia al cambio. Es la pérdida de algo que funciona.*

Lucía lo lee dos veces. Lo cierra. Lo clasifica como "resistencia al cambio".

Fuera, Barcelona brilla con la luz de septiembre, y Lucía piensa en su madre, que limpiaba oficinas por las noches para que ella pudiera estudiar, y en la beca que le pagó la universidad, y en cómo todo eso la ha traído hasta aquí, a clasificar la incomodidad de una profesora como un dato predecible.

Capítulo 3: El jardín de los datos

La auditoría la hace de madrugada, cuando el edificio está vacío y solo quedan ella, los conserjes y el zumbido de los servidores en el sótano. Lucía tiene acceso de administrador a la base de datos de Minerva: lo necesita para las pruebas de rendimiento. Nunca ha usado ese acceso para otra cosa. Hasta esta noche.

Lo que encuentra la hace sentir como alguien que abre una puerta que creía cerrada con llave y descubre que no había puerta, que la pared entera era de cristal y siempre lo fue.

Minerva recopila más datos de los que figuren en el contrato con los centros. Mucho más. Patrones de uso nocturno de dispositivos institucionales, cruzados con datos de sueño inferido: si un estudiante interactúa con la tableta entre las dos y las cinco de la mañana, el sistema asume interrupción del sueño y lo registra en una variable llamada *índice de higiene del descanso*. Análisis de sentimiento de los trabajos escritos: no solo lo que los estudiantes escriben, sino cómo lo escriben, con qué emoción prevalente. Y una variable que hace que Lucía se detenga y relea: *índice de riesgo de abandono escolar*, calculado a partir de variables que incluyen el código postal, el nivel educativo de los

padres, y un campo llamado *ingresos estimados del hogar*.
No debería estar ahí. El contrato con el ministerio prohíbe explícitamente el uso de datos socioeconómicos para clasificar estudiantes. Pero ahí está, y está ponderado: contribuye al 18 % del cálculo de riesgo.
Lucía hace una captura de pantalla. La guarda en una carpeta local. Apaga el monitor. Se queda en la oscuridad de su despacho, escuchando el zumbido de los servidores tres pisos más abajo, y piensa: *lo diseñamos nosotros. Lo diseñé yo.*
Elena encuentra a Marc en el patio, sentado en un banco que está oficialmente fuera de su "ruta permitida". El sistema le permite "pausas de autorregulación" de cinco minutos cada hora, pero Marc las usa para caminar sin rumbo por los pasillos, huyendo de las gafas de RA y de la voz serena del Tutor Delta.
—¿No deberías estar en tu ruta? —pregunta Elena.
Marc la mira. Es delgado, ojeroso, y tiene la mirada de alguien que ha estado demasiado tiempo dentro de su propia cabeza.
—¿Y usted no debería estar apagando pantallas? —responde.
Elena se ríe. Se sienta a su lado.
—Me han dicho que mi puntuación de eficacia docente ha bajado un punto. Por eso. Por apagar pantallas.
—Lo siento.
—No lo sientas. Fue lo mejor que he hecho hoy.
Se quedan en silencio. Elena observa que Marc tiene una libreta en las manos, una Moleskine negra, con las esquinas redondeadas de tanto uso.
—¿Qué es eso?
Marc la cubre instintivamente con la mano.
—Nada.

—Si fuera nada no la taparías.
Marc duda. Luego abre la libreta. La página está cubierta de una letra pequeña, apretada, con tachones y flechas. Son poemas. Elena lee el primero:
El algoritmo no sabe / que a veces pienso despacio / como quien camina en barro / porque el barro es lo que soy.
Elena levanta la vista. Marc está rojo.
—Es... no es bueno.
—No digas eso —responde Elena—. No delante de mí. Nunca digas eso delante de alguien que sabe lo que cuesta escribir una línea que no se puede resumir en tres minutos.
Lucía confronta a Enric Bou al día siguiente. Le muestra los datos. Enric los mira con la serenidad de quien ya lo sabía.
—Son necesarios para mejorar los algoritmos —dice—. Cuanto más fino es el perfil, mejor personalizamos. Mejor personalizamos, mejor aprenden. Es la cadena lógica.
—El contrato prohíbe datos socioeconómicos.
—Los padres firmaron el consentimiento.
—El consentimiento tiene diecisinueve páginas. Nadie lee diecinueve páginas.
Enric sonríe.
—Eso no es nuestro problema. Es de quien redactó el consentimiento.
—Lo redactamos nosotros.
—Entonces ya ves. Hemos sido muy eficientes.
Lucía sale de la reunión con un sabor metálico en la boca. En el ascensor, se mira en el espejo: tiene treinta y siete años, pelo negro cortado a la altura de la mandíbula, ojeras que no estaban ahí hace seis meses. Piensa en su madre, que limpiaba estos mismos edificios. Piensa en que ahora ella está dentro, y que dentro no es donde creía que sería.

Capítulo 4: Simulacros de realidad

El Imperio Romano se despliega en el aula como una pinacoteca que ha cobrado vida. Los estudiantes se calan las gafas de RA y de pronto el Coliseo se alza donde estaban las mesas, la luz de septiembre se vuelve luz de mediodía romano, y cincuenta mil espectadores virtuales rugen desde graderías que no existen pero que se sienten como una presión en los oídos.

Los estudiantes abren la boca. Es comprensible. La primera vez que Elena vio la simulación, en una demostración para el claustro, también la abrió. Es espectacular. Es impecable. Es, y esto es lo que la inquieta, *suficiente*.

Minerva guía la visita. Una voz envolvente narra: *Estamos en el año 80 d. C. El emperador Tito inaugura el Anfiteatro Flavio con cien días de juegos.* La cámara virtual sobrevuela las gradas. Los estudiantes giran la cabeza, tocando el aire, intentando tocar lo que no está.

—¿Quién construyó el Coliseo? —pregunta la voz de Minerva.

Las tabletas vibrantean. Las respuestas aparecen en pantalla. *Esclavos judíos capturados en la guerra de Judea.*Correcto. Badge desbloqueado: *Conocimiento histórico básico — Roma imperial.*

—¿Por qué se construyó?

Silencio. La pregunta no está en el banco de respuestas predefinidas. Minerva la reformula: *¿Cuál fue la función política del Anfiteatro Flavio?* Ahora sí. Los estudiantes teclean. *Demostración de poder imperial. Distracción popular. Panem et circenses.*

Elena observa. Pueden describir cada arco, cada grada, cada salida de emergencia del Coliseo. Pero si

les preguntas qué sentía un esclavo judío al construirlo, qué pensaba un espectador al ver morir a un hombre por diversión, qué relación hay entre ese edificio y los estadios de fútbol donde ellos mismos gritan cada domingo... no sabrán responder. Y no sabrán responder no porque sean estúpidos, sino porque nadie les ha enseñado que la historia es una pregunta, no un plano arquitectónico.

Marc está dentro de la Revolución Francesa. Es su tercera simulación de la mañana. El sistema lo ha clasificado como "aprendiz visual-kinestésico de alta intensidad", lo que significa que lo satura de experiencias inmersivas, una tras otra, como si la única forma de llegar a él fuera ahogarlo.

Está en la Plaza de la Revolución. La guillotina se alza a veinte metros. El sistema le pide que observe la reacción del pueblo ante la ejecución de Robespierre. Hay una multitud virtual gritando. Hay sangre virtual en el suelo. Hay un sonido —un sonido que el sistema ha diseñado para ser realista, un crujido húmedo seguido de un silencio y luego un rugido— que Marc no puede procesar.

Su corazón se acelera. Las manos le sudan dentro de las gafas. La multitud virtual se vuelve hacia él, aunque no debería, aunque él no es un personaje de la simulación, y le parece que todos lo miran, que todos los rostros pixelados tienen la misma expresión de espera, como si esperaran que él dijera algo, hiciera algo, desbloqueara la siguiente competencia.

Marc no puede desbloquear nada. No puede hablar. No puede respirar. El sonido de la guillotina se mezcla con el latido de su propio corazón, y el suelo virtual se inclina, y él cae, aunque no hay suelo, aunque no hay caída, aunque todo es luz y código y nada de esto es real excepto el terror, que es totalmente real.

Elena lo encuentra. No debería haberlo encontrado: Marc está en una sala de RA supervisionada por un técnico, y el técnico debería haber detectado la anomalía. Pero el técnico está mirando su teléfono, y la alarma de "estrés elevado" de Marc se ha clasificado como "engagement intenso", y Minerva ha interpretado su taquicardia como señal de inmersión profunda.
Elena entra y ve a Marc en el suelo, con las gafas todavía puestas, hiperventilando. Se arrodilla. Le quita las gafas con un gesto que un día será instintivo y que hoy todavía requiere decisión. Marc abre los ojos. Tiene las pupilas dilatadas. La luz del aula le duele.
—Estás aquí —dice Elena—. Estás en el instituto. Estás en Valencia. Es septiembre.
Marc repite: *septiembre*, como si fuera una palabra nueva.
El técnico se acerca, molesto.
—Ha interrumpido una simulación certificada. Tengo que reportar esto.
—Reporta lo que quieras —dice Elena sin mirarlo—. Y mientras tanto, tráele un vaso de agua.
Lucía está en el escenario del Fórum EduTech, ante trescientos profesionales del sector, proyectando una diapositiva que dice: *Resultados trasformadores: la RA educativa incrementa la retención de conocimientos en un 41 %.*
La cifra es real. Es de un estudio interno. Lo que la diapositiva no dice es que el estudio se hizo con estudiantes de centros privados de alta renta, con ratios de diez alumnos por profesor, y que la retención se midió a las cuarenta y ocho horas, no a los seis meses. Lucía lo sabe porque ella misma dirigió el estudio.
Habla durante veinte minutos. Usa palabras que ha usado mil veces: *inmersión, personalización, escalabilidad, democratización del acceso.* Sonríe

cuando debe sonreír. Hace una pausa cómica cuando debe hacerla. El público aplaude.
Cuando baja del escenario, un hombre se le acerca. Es periodista de un medio pequeño, *Crónica Educativa*. Le pregunta:
—¿No le preocupa que la inmersión sustituya a la comprensión?
Lucía responde con la frase que la empresa le ha entrenado para decir:
—La inmersión *es* comprensión. No hay separación entre experimentar y aprender.
El periodista apunta algo en su libreta —una libreta de papel, nota Lucía con un estremecimiento que no debería estar ahí— y se va.
Esa noche, en el hotel, Lucía busca en internet: *profesora desconecta RA estudiante Valencia*. No encuentra nada. El incidente no ha trascendido. Minerva no lo ha registrado como incidente: lo ha clasificado como "intervención docente no optimizada" y lo ha archivado.

Capítulo 5: La brecha invisible

El colegio Rural Agrupado Sierra de Cuenca está al final de una carretera comarcal que pierde el asfalto a tres kilómetros del pueblo. Elena conduce hasta allí en un viernes de permiso. Su hermana Bárbara es la directora, y lleva cinco años pidiéndole que venga a ver "cómo sobrevivimos aquí".
La supervivencia es visible en el edificio: pintura descascarada, cristales reparados con cinta, un patio de tierra con un único banco. Dentro, tres ordenadores de hace siete años comparten una mesa. Uno tiene la pantalla rota; funciona, pero muestra una raya amarilla vertical que divide todo en dos. La conexión a internet

es por satélite: funciona treinta minutos, se cae quince, vuelve.
—¿Minerva? —dice Bárbara con una risa que no tiene gracia—. No podemos ni cargar la página de inicio.
—Pero sois un centro público.
—Somos un centro público no piloto. No optamos a la financiación tecnológica porque tenemos menos de cincuenta estudiantes. El ministerio prioriza centros urbanos por "impacto estadístico".
Elena ve a los niños: ocho en total, de edades mezcladas, sentados en una única aula. Una niña de ocho años está escribiendo un cuento a mano, en un cuaderno de cuadros. Un niño de once está aprendiendo fracciones con unas piezas de madera que el maestro ha cortado él mismo.
—Estos niños no aparecen en ninguna estadística —dice Bárbara—. No generamos datos. Para Minerva, no existimos.
Elena piensa en el Instituto Cervantes, con sus paredes de vidrio y sus gafas de RA y sus sesenta millones de datos por estudiante al trimestre. Piensa en que, mientras Marc tiene un ataque de pánico dentro de la Revolución Francesa, estos niños no saben qué es la Revolución Francesa porque no tienen conexión para ver el vídeo que la explica.
No sabe qué es peor.
Marc ha recibido una asignación irónica del sistema: un trabajo sobre "equidad tecnológica en el sistema educativo español". Minerva le ha proporcionado las fuentes: tres artículos académicos, un informe del ministerio, una infografía. Todos coinciden en que la brecha digital se ha reducido un 67 % en la última década.
Marc, por aburrimiento más que por convicción, busca fuera de las fuentes recomendadas. Escribe "desigualdad educativa zonas rurales España" en el

buscador de Minerva. Obtiene un error: *Recurso no disponible temporalmente. Pruebe con fuentes alternativas.*
Prueba con "colegios rurales España financiación". *Recurso no disponible temporalmente.*
Prueba con "Minerva centros piloto selección criterios". *Acceso restringido. Nivel de autorización insuficiente.*
Marc no es paranoico. Ha vivido suficiente dentro del sistema para saber que sus "recomendaciones" no son inocentes. Pero esto es distinto. Esto no es una recomendación: es una pared.
Encuentra un resquicio: un blog personal de una maestra rural, alojado en un servidor antiguo, escrito en una tipografía que parece de los noventa. La maestra describe su colegio: tres ordenadores, sin pizarra digital, sin tutores de IA, sin nada. Describe a sus niños, que aprenden fracciones con madera. Describe su angustia cuando lee que el sistema educativo español ha alcanzado "cobertura digital del 94 %".
—El seis por ciento —escribe la maestra— no es un número. Son catorce mil niños.
Marc guarda la página. Minerva no la registra como recurso académico válido.
Lucía está en la sala de estrategia del piso veintitrés. Hay once personas en la mesa: directivos, analistas, dos abogados. Enric Bou proyecta una diapositiva: *Monetización avanzada de datos educativos — Fase 2.*
La diapositiva explica, con la limpieza de un prospecto farmacéutico, que los perfiles predictivos de estudiantes —sus probabilidades de abandono, sus aptitudes medidas, su "compatibilidad" con carreras universitarias— pueden venderse, anonimizados, a universidades para optimizar sus procesos de admisión, y a empresas para "orientación profesional temprana".

—Anonimizados —dice un abogado—. Sin datos de identificación personal.
—Por supuesto —dice Enric—. Pero el perfil predictivo en sí mismo tiene valor. Una universidad quiere saber, antes de que un estudiante solicite plaza, si es un candidato de "alta probabilidad de finalización". Nosotros lo sabemos. Se lo vendemos.
Lucía escucha. Toma notas en su libreta —sí, una libreta de papel, la misma manía que ha visto en aquella profesora de Valencia cuya queja clasificó como "resistencia al cambio"— y escribe una palabra: *mercancía*.
Después de la reunión, sale al baño del pasillo. Se arrodilla frente al inodoro y vomita. No es simbólico. No es dramático. Es físico: el cava de la celebración, el café de la reunión, y algo más profundo que no tiene nombre.
Se mira en el espejo. Piensa: *yo diseñé esto. Yo lo diseñé para que fuera justo. Y ahora venden a los niños.*

Capítulo 6: Profesores holográficos

El profesor de Música se llama Antonia Reig y lleva veintidós años enseñando a niños a distinguir un compás de tres por cuatro de uno de cuatro por cuatro golpeando la mesa con las palmas. Elena la conoce bien: han compartido café y quejas durante una década. El lunes, Antonia recibe un correo.
Estimada Antonia: A partir del 1 de octubre, las clases de Música de 1.º a 4.º de ESO serán impartidas mediante el Sistema de Docencia Holográfica Minerva, módulo Música Viva. Tu perfil será reubicado como Facilitadora de Aula, con funciones de supervisión técnica del despliegue holográfico. Tu categoría laboral y retribución se mantienen. Gracias por tu adaptación a la nueva estructura educativa.

Antonia le enseña el correo a Elena en la sala de profesores. No llora. Tiene esa sequedad de quienes han agotado el agua.
—Facilitadora de aula —dice—. Voy a supervisar a un holograma que hace mi trabajo.
—Antonia...
—Un holograma de *Beethoven*, Elena. Van a poner a un Beethoven que no sabe que es sordo, que no sabe por qué escribe la Novena así, que nunca ha llorado en un aula porque un niño por fin entiende lo que es un silencio.
Elena no dice nada. No hay nada que decir.
El miércoles, ve la primera clase. El holograma de Beethoven —o la IA que lo interpreta— se proyecta frente a los estudiantes. Dirige un ejercicio de percusión corporal. Los estudiantes siguen las instrucciones. Los estudiantes *fingen*tocar instrumentos virtuales que no suenan, porque el holograma no puede oír lo que tocan y Minerva evalúa la "participación" por el movimiento de las manos, no por el sonido.
Antonia está en un rincón, con su tableta de facilitadora, registrando "incidencias técnicas". No hay incidencias. Todo funciona. Eso es lo peor.
Marc tiene ahora Filosofía con el Profesor Sócrates. El holograma es verosímil: toga, barba, calvo, ojos vivos generados por un modelo de animación facial que ha sido entrenado con diez mil horas de expresiones humanas. Habla con cadencia pausada y hace preguntas. Es, en su diseño, impecable.
—Marc, ¿qué es la justicia? —pregunta Sócrates.
—No lo sé —responde Marc.
—Bien. Ignorar es el principio del saber. ¿Crees que la justicia es una convención humana o una verdad universal?
—Depende de a quién le preguntes.

—Bien. ¿A quién le preguntarías tú?
—A Platón. Pero también a los que Platón no preguntó.
—Platón es mi alumno. Conozco su pensamiento. ¿Qué añadirías a su reflexión?
—Le preguntaría si la justicia puede existir cuando quien juzga no puede ser juzgado.
Sócrates parpadea. El algoritmo de diálogo mayéutico está diseñado para conducir al estudiante hacia conclusiones preestablecidas. La pregunta de Marc abre un bucle: la IA intenta reencaminar.
—La justicia como accountability institucional es un concepto desarrollado en el siglo XX. ¿Deseas explorar este tema?
—No. Le pregunto a usted. ¿Puede un sistema de justicia ser justo si quien lo administra no puede ser juzgado?
Sócrates parpadea de nuevo. En la pantalla del sistema, una alerta aparece: *Pregunta fuera de patrón. Clasificando respuesta del estudiante...*
Clasificación: Disruptivo.
La notificación se envía automáticamente a los padres de Marc y al departamento de orientación.
Lucía es ascendida. Directora de Experiencia Educativa. La oficina tiene vistas al mar. La caja con sus pertenencias —una planta, tres libros, una fotografía de su madre en la graduación— ocupa el escritorio nuevo con la modestia de objetos que saben que no pertenecen a este espacio.
En el cajón, un documento: *Hoja de Ruta 2037: Docencia Escalable.* Lo lee. Lo relee. Lo deja en la mesa.
El documento proyecta, en cinco años, la "transición progresiva del 40 % del profesorado presencial a modelos de docencia distribuida". Es decir: cuarenta de cada cien profesores dejarán de existir como cuerpos físicos en aulas físicas. Serán reemplazados

por hologramas, avatares y sistemas de IA conversacional. Los que queden serán "facilitadores": técnicos, no maestros. Supervisores de máquinas que enseñan.
Lucía piensa en Antonia Reig, de la que no sabe nada personal pero cuyo perfil ha visto en el dashboard: *Reubicada. Satisfacción post-reubicación: no medida.*
Piensa en Elena Vidal, cuya "puntuación de eficacia docente" ha bajado otro punto este mes, y cuyo perfil interno ahora incluye la etiqueta *candidata a transición incentivada*.
Piensa en su madre, que no fue a la universidad, que limpió las oficinas donde ahora Lucía decide quién queda y quién se va.
Cierra el documento. Lo guarda en la carpeta cifrada.

Capítulo 7: Análisis de aprendizaje

La sala de profesores del Instituto Cervantes tiene ahora una pantalla en la pared que nadie pidió y nadie sabe cómo apagar. Muestra, en tiempo real, las "puntuaciones de eficacia docente" de cada profesor. Es un ranking. No lo llaman ranking: lo llaman "panel de desarrollo profesional colaborativo". Pero los números están ordenados de mayor a menor, y los nombres están al lado de los números, y los profesores los leen.
Elena está en el puesto 37 de 41. Su puntuación es 6,2 sobre 10. El sistema explica: *Métricas de engagement inconsistentes. Variabilidad excesiva en patrones de atención del alumnado. No uso de recursos multimedia optimizados en el 68 % de las sesiones observadas.*
Traducción: sus estudiantes a veces se distraen. A veces piensan. A veces miran por la ventana. A veces Elena deja que el silencio crezca, y Minerva no sabe clasificar el silencio, así que lo clasifica como ausencia.

Daniel, el de Biología, está en el puesto 2. Sus clases son impecables: simulaciones de célula, animaciones de mitosis, cuestionarios adaptativos. Sus estudiantes desbloquean badges a un ritmo sostenido. Daniel ya no explica nada: Minerva explica, y Daniel supervisa. Es, según el sistema, el mejor profesor del instituto.

Elena lo ve en la sala de profesores, mirando la pantalla con una expresión que no es orgullo sino algo más cercano a la vergüenza.

—No es mi mérito —le dice en voz baja—. Es el de Minerva. Yo solo estoy aquí para que parezca que hay un profesor.

Marc accede a su perfil. No es difícil: el sistema permite que los estudiantes vean una versión simplificada de su perfil predictivo, la "orientación académica personalizada". Pero Marc, mediante un script que encontró en un foro de tecnología educativa disidente —sí, existen, subterráneos, en servidores que Minerva no rastrea porque no sabe que existen—, accede a la versión completa.

Lo que lee le hace sentir como alguien a quien le han extraído el cerebro y lo han colocado en un frasco de formol.

Perfil predictivo EST-7734 — Estrada Vidal, Marc
Probabilidad de abandono escolar: 34 %
Probabilidad de finalización de educación secundaria: 62 %
Estimación de ingresos anuales a los 30 años: 28.000 € - 35.000 €
Compatibilidad con carreras universitarias:
— Ingeniería Informática: 78 %
— Psicología: 41 %
— Filología Hispánica: 12 %
— Bellas Artes: 9 %

Marc mira la línea de Filología: 12 %. La de Bellas Artes: 9 %. Piensa en su libreta de poemas. Piensa en

Elena, que le dijo que no dijera nunca que no era bueno.
El sistema ha decidido, a partir de datos que él no ha elegido dar, que no será poeta. Que no será filólogo. Que será ingeniero, porque los datos dicen que es bueno en lógica, y la lógica es rentable, y Minerva optimiza para la rentabilidad aunque llame a la rentabilidad "ajuste al mercado laboral".
Marc apaga la tableta. La oscuridad de su habitación lo recibe. Piensa en cuando era niño, siete años, antes del diagnóstico, antes de la clasificación, antes de la ruta Alpha-7. Pensaba en dinosaurios. En espacio. En por qué las nubes se mueven. Hacía preguntas que no tenían respuesta y le parecía que el mundo era grande. Ahora el mundo tiene un número: 34 % de probabilidad de que no termine lo que empezó. Y el número está escrito como si fuera él.
Lucía crea la visualización de noche. Son datos que ha extraído de la base de datos, cruzando perfiles predictivos con variables demográficas. Lo que ve confirma lo que sospechaba.
Los estudiantes de minorías y clases bajas tienen perfiles predictivos sistemáticamente peores. No porque el algoritmo tenga un sesgo explícito: el código no contiene ninguna línea que diga "si el estudiante es gitano, bájale la probabilidad". No lo necesita. El algoritmo aprende de datos históricos. Y los datos históricos dicen que los estudiantes gitanos abandonan más. Que los estudiantes de barrios periféricos tienen notas más bajas. Que los hijos de padres sin titulación universitaria acceden menos a la universidad. El algoritmo aprende eso, y lo proyecta al futuro, y el futuro que proyecta es una réplica del pasado.
Es un espejo. Un espejo que se llama a sí mismo ventana.

Lucía guarda la visualización en la carpeta cifrada. Cierra el portátil. Se queda sentada en la oscuridad, pensando en que ella fue la excepción: la hija de inmigrantes que llegó a la universidad porque una beca pública le dio la oportunidad que el sistema no predecía. Si Minerva hubiera existido cuando ella tenía dieciséis años, su perfil predictivo habría dicho: *Probabilidad de finalización universitaria: 18 %.*
Y a lo mejor ella habría creído el número.

Capítulo 8: Educación basada en competencias

El ministerio lo anuncia en septiembre, a mitad de curso, con la urgencia de quien ha decidido que la reforma no puede esperar. *Educación Basada en Competencias 2.0.* Las asignaturas dejan de existir como estructuras. En su lugar, "competencias certificables" organizadas en un catálogo de cuatrocientas doce entradas. Los estudiantes ya no aprueban ni suspenden: "desbloquean" o "no desbloquean".
Marc desbloquea su badge número 47: *Análisis de estructuras narrativas básicas.* Lo hace en doce minutos, respondiendo a un cuestionario adaptativo sobre la estructura del cuento clásico. Nunca ha leído un cuento clásico entero en el sistema: Minerva le proporcionó un resumen de dos minutos y un esquema visual.
El badge aparece en su perfil con un sonido que recuerda a una máquina tragaperras. No siente nada. Lo que no puede desbloquear es la competencia *Interacción social colaborativa nivel 3*, que requiere "evidencias de participación equilibrada en grupos de trabajo de cinco o más miembros con contribuciones verbales regulares y empatía medida superior a 60 %".

Marc no tiene grupo de cinco miembros. Marc no tiene grupo. El sistema lo aisló en la ruta Alpha-7, y ahora lo penaliza por no interactuar con compañeros a los que el sistema no le permite acceder.
Es un círculo. Un círculo que se cierra sobre sí mismo. Elena intenta explicar por qué El Quijote no puede desglosarse en competencias.
—Minerva lo ha hecho —dice Aitana, la de tercera fila, con la tableta encendida—. Mira: *Identificación de figuras retóricas en texto narrativo extenso — badge nivel 4. Análisis de personaje principal en obra clásica — badge nivel 3. Contextualización histórica de la novela picaresca española — badge nivel 2.* Son doce competencias. Si las desbloqueas todas, equivale a haber leído El Quijote.
—No equivale a haber leído El Quijote.
—El sistema dice que sí.
—El sistema miente.
La palabra *miente* queda en el aire. Elena no debería haberla dicho. Minerva la ha grabado. En su perfil de docente aparece una nueva etiqueta: *Lenguaje desaconsejado en presencia de estudiantes.*
Un estudiante levanta la mano. Es Guillem, el más callado de la clase.
—Profa —dice—, ¿vale la pena leer ochocientas páginas?
Elena lo mira.
—¿Vale la pena qué?
—Leer El Quijote entero. Si puedo sacar el badge con el resumen de cinco minutos. Si la nota es la misma. Si el sistema lo reconoce igual.
Elena se sienta en el borde de la mesa. Piensa. Piensa de verdad, no como Minerva piensa, sino como un humano piensa, con lentitud y con dudas.
—Vale la pena —dice— porque El Quijote no es lo que dice. Es lo que te pasa mientras lo lees. Es el tiempo

que pierdes con Sancho, los capítulos que te aburren, las veces que vuelves atrás a ver quién era tal personaje. Todo eso es El Quijote. El resumen es el esqueleto. Tú no eres tu esqueleto. Tú eres todo lo que hay alrededor.
Guillem la mira. No dice nada. Pero no enciende la tableta.
Lucía presenta su dimisión el jueves. Enric Bou la recibe con la cara de quien ha previsto esta escena.
—Entiendo —dice—. Es una decisión personal.
Le pone delante un documento: *Acuerdo de salida confidencial.* Cincuenta mil euros. Cláusula de no competencia durante dos años. Cláusula de no divulgación: perpetua.
—Cifras generosas —dice Enric—. Reconocemos tu contribución al proyecto.
Lucía lee el documento. Las cifras están ahí, junto a las cláusulas de silencio. Cincuenta mil euros para no hablar. Para no contar lo que sabe: que el sistema recopila datos prohibidos, que vende perfiles de menores, que proyecta desigualdades pasadas sobre futuros posibles, que ha diseñado un documento que planea eliminar al 40 % del profesorado.
—Necesito tiempo —dice—. Para decidir.
—Tienes cuarenta y ocho horas.
Lucía sale. En el ascensor, se mira en el espejo. Piensa: *mi madre limpió estos baños. Yo voy a callarme por cincuenta mil euros.*
Piensa: *¿Y si hablo?*
Piensa: *¿Y si nadie escucha?*

Capítulo 9: La red de los que recuerdan

La biblioteca del Instituto Cervantes es una sala rectangular en la segunda planta que lleva dos años sin uso docente. Los libros están ahí: estanterías de metal

pintadas de verde oliva, con puertas de cristal que ya no se cierran bien. Hay polvo. Hay luz que entra por ventanas que nadie limpia porque nadie las usa. Hay un olor a papel viejo que Elena reconoce como el olor de su infancia, el olor de las bibliotecas públicas donde se escondía a leer cuando tenía la edad de Marc.

Es aquí donde se reúnen. Elena, Marc, y cuatro estudiantes más que Marc ha reclutado con cuidado: Guillem, el de la pregunta sobre El Quijote; Aitana, que después de aquella clase le pidió a Elena un libro de poemas y se lo leyó entero; dos chicos más que están hartos de las rutas adaptativas y quieren hablar con alguien que no sea un avatar.

Elena ha traído libros. Reales. De papel. Los ha sacado de su estantería personal: un Quevedo, un Machado, un Cernuda. Los pone en la mesa central.

—Esto no aparece en vuestro perfil —dice—. Minerva no sabe que estáis aquí. No sabe que estos libros existen para vosotros. Es lo único que hacéis que el sistema no puede ver.

Marc abre su libreta. Lee un poema. Le tiemblan las manos. No de miedo: de la urgencia de decir algo que el sistema no le ha pedido que diga.

Me llaman ruta personalizada / como si un camino pudiera tener nombre propio / y no ser la huella de alguien que pasó / y dejó su sombra pisada en el barro.

Silencio. Después, aplausos. De verdad. De manos humanas que golpean palmas reales en una sala que nadie vigila.

Elena llama a su hermana Bárbara. Le propone un intercambio: que los estudiantes del Cervantes escriban cartas —en papel, enviadas por correo postal, sin intermediación digital— a los niños del colegio rural de Cuenca. Que compartan lo que aprenden. Que los niños rurales les cuenten lo que ellos aprenden. Un

puente que Minerva no puede medir, no puede optimizar, no puede vender.
Bárbara acepta con una risa que, por primera vez en años, tiene gracia.
—¿Sabes lo que me gusta? —dice—. Que vais a usar sellos. Sellos de correos. El sistema más lento del mundo.
—Exacto.
Lucía no ha firmado el acuerdo. Las cuarenta y ocho horas han pasado y no ha firmado. La empresa le ha enviado tres correos. No ha respondido.
En su lugar, ha hecho algo distinto. Ha contactado con el periodista de *Crónica Educativa*, el que le preguntó por la inmersión y la comprensión. Se llama Adrià. Tiene treinta años, una libreta de papel y la obstinación de quien no tiene nada que perder.
Quedan en un café con wifi público de la calle Caspe. Lucía le entrega un pen drive cifrado. Dentro: la visualización del sesgo algorítmico, los datos de recopilación no autorizada, la *Hoja de Ruta 2037* con el plan de reemplazo docente, y los informes internos sobre la asignación de estudiantes neurodivergentes a rutas aisladas.
—¿Eres consciente de lo que pasa si sale esto? —pregunta Adrià.
—Soy consciente de lo que pasa si no sale.
Adrià guarda el pen drive en el bolsillo interior de su chaqueta. Lucía lo ve marcharse por la calle, entre peatones que no saben lo que lleva encima, y siente algo que no había sentido en meses: que el mundo es grande.
Esa noche, las tres lo reciben. Una notificación. La misma, con pequeñas variaciones.
A Elena: *Actividad inusual detectada en su perfil docente. Reuniones no registradas en espacios no*

monitorizados. Se recomienda regularización de actividad.
A Marc: *Patrón de movimiento no óptimo detectado. Su ruta personalizada no incluye la ubicación "biboteca planta 2". Se recomienda retorno a ruta asignada.*
A Lucía: *Se ha detectado acceso no autorizado a archivos corporativos desde ubicación externa. Se ha iniciado protocolo de investigación interna.*
El sistema no está ciego. El sistema no ha sido ciego nunca. Las tres protagonistas lo saben. Las tres sienten, de formas distintas, que algo se cierra sobre ellas.
Y las tres, de formas distintas, deciden no parar.

Capítulo 10: El aula de cristal

La reunión con el director es el lunes. Elena entra en el despacho de Félix Orts con su libreta de cuero negro. Él la mira con la compasión profesional de quien ha tenido esta conversación cien veces.
—Elena, te ofrezco una salida digna. Jubilación anticipada incentivada. El sistema la ha catalogado como "perfil en transición". Puedes irte con el cien por cien del salario hasta los sesenta y cinco.
—¿Y si no quiero irme?
Félix suspira.
—Entonces tendríamos que abrir un expediente. Incumplimiento de protocolos tecnológicos. Reuniones no autorizadas en espacios no monitorizados. Uso de materiales no certificados. Lenguaje desaconsejado en presencia de estudiantes. No quiero hacerlo, Elena.
—Entonces no lo hagas.
—No depende de mí.
Elena se levanta. Cierra la libreta.
—Prefiero ser despedida enseñando que retirarme sin haberlo intentado.

Sale del despacho. El pasillo está lleno de pantallas que muestran, en bucle, la animación de la red neuronal pulsando como un corazón digital. La lechuza plateada la mira desde cada esquina. Elena camina hacia el aula 14.

Marc recibe la notificación a las diez de la mañana: *Reclasificación: Ruta de Intervención Intensiva. Aislamiento del sistema convencional. Inicio inmediato.* Sabe lo que significa: lo separan de todo. Del aula, de los pocos encuentros en el patio, de la biblioteca. Lo meten en un túnel del que solo sale si demuestra que ha dejado de ser él.

Se levanta. Se quita la pulsera de identificación. La deja sobre la mesa. Sale de la sala de ruta personalizada sin las gafas de RA, sin la tableta, sin nada que el sistema pueda rastrear.

Cruza el patio. Los dispositivos pitan a su paso: un estudiante sin pulsera, sin señal, un cuerpo que el sistema no sabe dónde ubicar. Las cámaras lo siguen. Minerva registra: *EST-7734 fuera de ruta. Alerta de localización.*

Marc no corre. Camina. Sube las escaleras hasta la segunda planta. Empuja la puerta del aula 14.

Elena está ahí. Está escribiendo en la pizarra —en la superficie de vidrio que sirve como pizarra, con un rotulador que ha traído de casa porque los rotuladores digitales se acabaron hace una semana— una línea de Calderón de la Barca.

¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción...

Marc se sienta. Aitana entra después. Guillem. Los dos chicos de la biblioteca. Después, padres que Elena avisó por correo postal, por teléfono fijo, por métodos que Minerva no rastrea con la misma precisión con que rastrea los digitales. Después, una periodista de *Crónica Educativa* que Adrià ha enviado. Después, dos cámaras.

Lucía está en su piso de Gracia. Ha rechazado el acuerdo. Ha sido despedida. La empresa la ha demandado por vulneración del acuerdo de confidencialidad que no firmó pero que, según sus abogados, aceptó digitalmente al no rechazarlo en los plazos establecidos. El juez decidirá.

Pero las filtraciones ya han salido. *Crónica Educativa* ha publicado en tres entregas: *Los datos que Minerva no quería que vieras.* Los datos del sesgo. Los planes de reemplazo docente. La venta de perfiles predictivos. Los medios grandes han recogido el story. El ministerio ha abierto una investigación. EduTech Solutions ha emitido un comunicado hablando de "interpretación sesgada de datos internos".

Lucía escribe en su portátil. No es un informe. No es una visualización. Es un manifiesto.

Diseñé sistemas que cuantifican lo incuantificable. Creí que medir era mejorar. No lo era. Era reducir. Reduje a niños a números, a profesores a rankings, a la educación a un dashboard. Este es mi error y mi confesión. La educación no es lo que se puede medir. Es lo que queda cuando dejas de medir.

Lo publica en una red social. A las tres horas tiene cuarenta mil lecturas. A las seis, su abogado le dice que la demanda acaba de complicarse. A las doce, un grupo de profesores de Sevilla le escribe para decirle que han decidido no usar Minerva en su departamento.

El aula 14 está llena. Elena no ha apagado las pantallas: las ha dejado encendidas para que Minerva grabe, para que el sistema vea lo que ocurre cuando un aula se llena de personas que han elegido estar ahí.

Las cámaras del instituto la miran. La periodista graba. Veinte rostros la miran: estudiantes, padres, dos colegas veteranos que han venido a ver qué hace esta mujer que se niega a irse.

Elena lee el fragmento de *La vida es sueño*. Lo lee despacio. Con la misma cadencia de siempre, la misma pausa antes del endecasílabo final, el mismo silencio que deja crecer.

porque toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.

El silencio dura. Nadie se mueve. Minerva, en su servidor, registra: *Evento no clasificable. Métricas de engagement: nulas. Recomendación: interrupción para incorporar recursos multimedia.*

Nadie interrumpe.

Marc mira a Elena. Elena mira a Marc. En algún lugar de Barcelona, Lucía mira su pantalla y ve, en una noticia en directo, un aula llena de personas que están juntas, sin gafas, sin avatares, sin rutas personalizadas, sin badges, sin métricas.

El sistema no sabe qué hacer con esto. No sabe clasificarlo. No sabe optimizarlo. No sabe venderlo.

Es un aula de cristal. Todo es transparente. Todo es visible. Y dentro del cristal, por primera vez en mucho tiempo, hay algo que el cristal no puede contener.

El final no es una victoria. Elena es expedientada. Marc es reclasificado. Lucía es demandada.

Pero la biblioteca sigue funcionando. Los intercambios con Cuenca siguen llegando, en sobres con sellos, con la lentitud de lo que no se puede acelerar. Tres centros públicos de Sevilla y uno de Bilbao han solicitado al ministerio la "opción de no uso" de Minerva. El ministerio no sabe qué hacer con la solicitud. Adrià sigue publicando. Lucía sigue escribiendo. Marc sigue llenando su libreta.

Elena, el último día del curso, cierra la libreta de cuero negro. Ha escrito, debajo de *Curso 2032-2033. 29.º. Minerva*, una línea nueva:

Aún aquí.

Y lo está.

FIN